

Lejanas voces y risas

O Nubeiro

El chirrido de la puerta, al menos en un primer momento, provocó que todo quedara en el más absoluto de los silencios. Ya hacía unos cuantos días que la puerta venía quejándose lastimosamente, que venía quejándose de que le hacía falta algo de aceite, de “tres en uno”, vaya, cuestión simple de acercarse al bazar chino de al lado y comprarlo, como unos cuatro euros valdrá, pero de abrir tan poco a poco, con la parsimonia y la indecisión con que lo hizo Maruja, entrando sin querer entrar, como diciendo “¡va, lo dejo!” y al poco, con la puerta ya a medio cerrar, “¡va, pues entro!”, y así unas cuantas veces, el chirrido se hacía más quejumbroso, atormentado, produciendo en los pocos parroquianos que quedaban en el café, era domingo por la tarde y apenas había unas cuantas mesas ocupadas, escalofríos y grititos de grima; unos escalofríos, seguidos de unos grititos horripilantes, que enseguida asociarán ustedes con aquellos que se cobraba la maestra, doña Agustina o doña Matilde, allá cada cuál, al arrastrar sus largas y repintadas uñas por el encerado. “¡Por Dios bendito!”, clamó una voz desde la mesa ocupada por un grupo de tertulianos, como cuatro o cinco serían, no más, pudo apreciar de reojo Maruja, que tampoco era cuestión de pararse a contarlos, y aún menos cuando la seguían indiscretamente con la mirada, “que alguien ponga un poco de aceite redentor en esas menesterosas bisagras, que parece esto el castillo del mismísimo Vlad el empalador, y ni pensar quiero ahora en el porqué del remoquete, que vaya una triste pena la de tener que terminar así, como un puñetero emparedado de carne”. “Pues igual valdría con un escupitinajo”, añadió otro tertuliano, entre risas bobaliconas, a buen seguro que a causa de esas botellas de vino tan generoso que presidían la reunión, ante el gesto inequívoco del camarero que atendía en las mesas de haberse olvidado de pasar por el susodicho comercio,

para entonces cerrado, que quedaba justo al lado del café, puerta con puerta, que a veces se asoman a curiosear los picos de los flotadores o los ribetes de las pamelas. “Pues igual con un poco de aceite de freír sería suficiente”, sentenció lacónicamente, antes de dar un buen trago, abriendo el gajate como un pelícano, que pareciera ir a desnucarse, un cliente que se enfrentaba con gallardía torera, como si a “porta gayola” –vestía traje de chaqueta gris marengo a finas rayas, corbata azulona, pañuelo de bolsillo a juego y sombrero alón al uso–, a una señorial botella de vino Tío Pepe.

Sabe de sobra Maruja que no le conviene seguir bebiendo, que está a punto de traspasar esa línea roja tan puñetera de otras ocasiones, de tantas otras ocasiones, que son demasiadas las veces que la han tenido que recoger los municipales de la calle, que se desploma en cualquier lugar, como un saco, y a fe que la tenía delante de las narices, la línea roja, pero se dijo que ¡bueno!, que una más... y a dormir, que tampoco iba a pasar nada, una melopea más, solo eso, y que el de mañana sería otro día, otro día en el que poder ocuparse del tema, y esta vez de verdad, de verdad de la buena, que tenía tomada la decisión, otro día en el que recapacitar sobre qué demonios hacer con su vida, con tan patética y lamentable situación; en si hacer una salida hacia adelante, luchar por salir del pozo, sabe de sobra Maruja que hay otra vida sin alcohol, otra vida digna, respetable, que su compañera de fatigas durante tanto tiempo, Carmela, consiguió dejarlo y ahora cuida de sus nietos pequeños, que vuelven a confiar sus hijos en ella, o quedarse al paio y dejarse arrastrar por la corriente.

Atravesó Maruja el local a duras penas, que la tarde había sido larga, demasiado larga, y no es nada conveniente enganchar la mañana con la noche, a copa va y copa viene, y sin apenas comer, tan solo una porción de pizza en una trattoria que hay calle abajo, que le sobrevino un desvanecimiento a media tarde, uno de esos jamacucos habituales que dice ella, hasta terminar por derrengarse en el taburete del fondo de la barra, el mismo que se encuentra entre el ventanal que da al paseo, ahora agonizante, encharcado por la lluvia, solo la pálida luz de un farolillo de forja alumbra la entrada; la máquina tragaperras, la de las frutas y las campanas, que recibe a Maruja con un soniquete de esos que te machacan el cerebro, y la bandeja y el trapo del camarero que atiende en las mesas, el que se olvidó de

comprar el aceite redentor, con un tufillo a patata húmeda y covacha, el trapo, que poco parece importarle a Maruja.

De manera que eran tres las mesas ocupadas. Por un lado, ya se dijo, una tertulia literaria de unos pocos integrantes, parecían ser de esos que no los echas de los bares ni con agua caliente, que la seguían atentamente con la mirada, demasiado indiscretos, y pudo suponer Maruja, por el rictus de seriedad que presentaban todos, que debían estar atendiendo cuestiones relevantes, o incluso hasta de vital importancia, ya que la observaban, más allá de ser la culpable de aquellos quejumbrosos chirridos y de un andar tan desordenado, tal y como si hubiera profanado un templo o pudiera llegar a escuchar desde su posición en la barra, nada más lejos de la realidad, lo que allí se pudiera decir. Debía ser algo, fantaseó Maruja, que no debía ser escuchado por nadie, algo secreto, prohibido para la gente de a pie, para los demás mortales, y ella, lo tenía suficientemente claro, estaba precisamente en ese grupo, en el de los demás mortales, qué le iba a hacer, en el de los que sobran o poco importan, tanto da, en el de los que no tienen el menor derecho a acceder a cuestiones de tamaña importancia, que incluso llegó a imaginar, en lo que se asienta definitivamente en el taburete, y su trabajo le costó, que pareció estar escalando el Aconcagua, las copas que llevaba encima tampoco ayudaron demasiado, que igual pudiera tratarse de alguna reunión de espías, de espías y de sus confidentes, como en las novelas de Graham Greene, qué emoción, pensó, de soplones drogadictos también, que así no aparecen a la hora de los juicios las drogas requisadas, aunque faltara, eso sí, la “muñequita” rubia de turno, ¡que lástima!, se dijo Maruja, con el juego que da, la Barbie espía. Y para cerrar la cuenta de las mesas ocupadas, a parte del distinguido caballero del vino fino Tío Pepe, una pareja de mediana edad, como de la suya, pensó, que degustaban unos gin-tonic, de los que van preparados con albahaca, anís estrellado y limón, como si estuvieran sentados en mesas separadas, como si estar en la misma fuera un puro trámite, una formalidad. No hay que quedarse en casa, eso es seguro, se dijo Maruja, que estar encerrado a cal y canto termina con el más pintado, te ahogas en tus miasmas, aunque también mata lo suyo, que menudo peligro tiene, la soledad compartida. ¡O se está solo o no se está solo!, sentenció una Maruja alterada, que vaya una chorrada tonta la de prolongar lo inevitable, ¡se acabó y punto!, que ya vendrá otro, sonriendo maliciosamente, que siempre hay

alguno dispuesto. Así que terminó de derrengarse en el taburete, ya se dijo, en la mismísima cima del Aconcagua, pensaron los de la tertulia, que se enzarzaban en si era un siete mil o un ocho mil, cualquier tema les podía valer, para pedirle al camarero una copa de ginebra, sin hielo, por favor, la lengua se le trababa bastante, que era exactamente lo mismo que bebía la pareja, los de la mesa compartida, pero sin albahaca, sin limón, sin anís estrellado, sin tónica y, al igual que ellos, sin compañía. La bebió a gañote, era la de matar el gusanillo, que no acababa de morir el jodío cabrón, mientras hacía un gesto inequívoco de que le fueran poniendo otra. Esa la degustaría tranquilamente, saboreándola, y sería la última, eso seguro, la de antes de dormir, que ya no le cabía ni una más, se dijo.

Los camareros se apuraban en limpiar la barra, la cafetera y las estanterías y en montar las mesas para los desayunos de la mañana siguiente. Parecían estar preparándose para echar el cierre, pero aun así el café recobró el tono, algo del escaso tono que le quedaba, se entiende, que ya estaba bastante matado cuando se decidió a entrar Maruja. Los de la tertulia se olvidaron finalmente de ella y de la grima, del entro o dejo de entrar, del si conseguirá o no encaramarse al taburete, y regresaron a sus habituales polémicas. Se interrumpían de continuo, que por un momento le recordó a Maruja a los programas del corazón que ve a veces en el bar de Concha, Concha la Maga le dicen, y no es nada raro que la llamen de esa manera, que ella atiende por Maga sin problemas, nada raro si se tiene en cuenta que el bar se llama La Chistera, así de simple, de las que salen conejos o ramos de flores, que tampoco se devanó los sesos quien le puso el mote; aunque, eso sí, con magia o sin ella, Concha es una de las pocas personas que la trata dignamente, con el debido respeto, como debe ser, y es por eso que le gusta estar allí, se siente cómoda, y ya tiene mucho cuidado de ir más o menos pronto, cuando la cosa todavía no está demasiado mal, que para entonces ya no se le ocurre ni entrar, le da vergüenza. Pudo escuchar Maruja, el mortecino silencio propagaba las voces como si fuera aquello la cueva del propio Alí Babá, que hablaban de un tal Bukowsky, de un tal Bukowsky y de un tal Mel, de un tal Mel que le había metido dos tiros al camarero de un bar en el que tomaba unas cervezas, pero así, sin más, a quemarropa, al camarero de *El Diamante Hambriento* fue, que vaya un nombrecito para un bar, pensó Maruja, y todo a cuenta de un muchacho que había sido secuestrado por una pareja de depravados sexuales mientras hacía autostop.

Y ¿dónde habrá podido pasar eso?, se pregunta Maruja, que está uno trabajando como un cabrón todo el día para luego acabar así, envuelto en papel de aluminio, como un puto bocata, que ni regresar a casa te dejan, con el contorno dibujado con tiza, que es el único testimonio que ha quedado de ti. Ah, y que después de meterle los dos tiros, siguió contando el tertuliano que pidió aceite redentor para las bisagras, el de los empalamientos, que el tal Mel se marchó del bar, que tenía el coche con el parquímetro en rojo, como si tal cosa, tan fresco. Y supuso Maruja que allí no había podido ocurrir, de ninguna manera, que los parquímetros nunca fueron de los de abanicos de colores, de los que se ponen en rojo cuando se acaban las monedas, y sí en cambio de los que salen en las series de Nueva York o de Los Ángeles, de ahí sí, y además de las antiguas, de las de los años sesenta o setenta, que ya llovió, de las de “Perry Mason” o “Las calles de San Francisco”, con un Michael Douglas jovencísimo, recuerda Maruja, porque los parquímetros son otros ahora, incluso allí, más modernos, claro está, aunque en realidad sirvan exactamente para lo mismo, que eso no ha cambiado en nada, para sacarte el dinero.

De nuevo enmudeció el local. Ya no podía Maruja aguantar más las ganas de orinar, había descendido del taburete, despacio, deslizando el trasero por el skay mientras se ayudaba de la defensa de la barra y el reposapiés, y emprendía la ardua tarea de atravesar el local. Debería cruzarlo de lado a lado, en diagonal, para luego bajar por unas escaleras bastante empinadas, que ya le avisó el camarero, el que atiende en la barra, de que tuviera cuidado al bajarlas, que ya han dado problemas otras veces, viendo en qué condiciones estaba. La cosa estaba bastante complicada para Maruja, desde luego, y el que más o el que menos de los parroquianos dudaba de que lo pudiera conseguir, los de las tres mesas, que incluso el del escupitinajo apuntó un gracejo mientras no le quitaba la vista de aquella falda que permanecía remangada por detrás desde que bajara del taburete, pero en el momento de acceder a las escaleras, allí parada, como un delantero cogiendo aire antes de lanzar un penalti, las caras se pusieron serias, preocupadas, no era broma, aunque nadie, ni tan siquiera el camarero, atareado con la preparación de las mesas para el desayuno, se ofreció para ayudarla. Así que emprendió Maruja el camino de los servicios, ya se dijo, sabiéndose observada, marcando cada paso, titubeos incluidos, con cierto estilo y mucha dignidad, que nunca

tuvo mal cuerpo, estirada y altiva como una modelo del prêt-à-porter. Nadie se mantuvo indiferente a su caminar, tan distinguido como errático, ya se dijo, desde el hombre del traje gris marengo a rayas, el de la botella de fino Tío Pepe, que le hizo un ademán de brindis al pasar, el gazzate en posición de embuchar, de tragarse un pescado, o eso parecía, hasta la pareja de perfectos desconocidos, los de los gin-tonic preparados con albahaca, anís estrellado y limón, y el grupo de tertulianos, todos la siguieron con cierta inquietud, expectantes, hasta que desapareció escaleras abajo. La puerta del lavabo de caballeros, se veían los baños reformados, la presidía un lord inglés, en cerámica y en relieve, muy elegante, y el de mujeres, una gran dama emperifollada; y aun así le cuesta discernirlos. Frente al implacable espejo, al bajarse la faja, se presenta lo más demoledor de los últimos años vividos, lo que hace por expandirse y cuelga, aun aborreciéndolo, siente que es más que merecido. Su ajado rostro, todavía delicado, conserva la huella de haber sido, y no hace tanto, una hermosa mujer. Desde muy niña deambuló en la furgoneta de su padre, abarrotada de frutas y de sueños, por los mercadillos de la comarca, y siempre fue muy coqueta, que andaba por los tenderetes probándose toda la ropa y los abalorios que podía, y tuvo un amor, un gran amor, un amor de esos que te derriten los sentidos, que te llevan a abandonarlo todo.

La pálida luz del farolillo de la entrada, al abandonar el local, juguetea con su afligida sombra al encaminarse calle arriba. Ha dejado de llover. La noche, inexorable, presagia el aborrecido final del día, y el descanso, ya viene helando, no se presenta de flores mojadas por el rocío de la primavera ni de césped recién cortado de los jardines del verano, sino de cajero automático.

El mármol está más gélido de lo habitual. Asida con inusitada fuerza a su raído bolso, se acurruca torpemente contra uno de los esquinazos de la mampara y, bajo el inexorable sopor de esa última copa de ginebra, sueña:

Las gaviotas, está atardeciendo, se acomodan sobre las cálidas arenas de la playa. Despojados de sus ropas, sin pudor, juegan y nadan felices en las adormecidas aguas. Y donde alcanzan a hacer pie, sin importarles nada ni nadie, se besan y acarician apasionadamente...

Al tiempo que percibe un penetrante olor a gasolina y escucha lejanas voces y risas de las que, buscando de un lado a otro de la playa, no es capaz de discernir su procedencia, una gran bola de fuego inundó súbitamente la estancia.